

Más de un ladrón, en las noches serenas
por sus rústicos muros trepa astuto,
ávido de su lírico tesoro,

para castrar la miel de mis colmenas,
y henchir sus cestas con el rico fruto
de mis frondosos árboles de oro.

ORIENTE

I

La danza de los siete velos

A Ramón Montilla

I

Tu nombre es un perfume diluido
en las suntuosidades de esa vida
que soñó mi ilusión y no he vivido.
Evoca pompas, y á soñar convida

con palacios de mármoles triunfantes,
perfumes de incensarios y canciones,
túnicas consteladas de diamantes
y tronos custodiados por leones.

Tu mirada sutil es como un dardo
que hiere el alma de melancolía...
Surges danzando, y en la danza tienes

esa lasciva palidez del nardo
que muere perfumando en su agonía
la lujuria oriental de los harenes.

II

En el centro de un círculo sonoro
de vítores, erótica sonríes,
mientras repican crótalos de oro
tus dedos enjorjados de rubíes.

Teje lúbricas danzas tu ligera
planta sobre el damasco de la alfombra,
y proyecta la negra cabellera
sobre tus hombros un temblor de sombra.

Tus negros ojos el placer irisa
sobre tus vivas palideces y entre
la diabólica flor de tu sonrisa,

en un fugaz y ardiente parpadeo,
mientras crisan el bronce de tu vientre
todos los simulacros del Deseo.

III

Al son de las nubelias, tu pie breve
al borde de la túnica blanquea,
mientras como sutil lirio de nieve
tu talle cimbreador se balancea.

En un gesto de amor, como soñando,
tu mano un nardo del escote arranca,
y te paras de súbito, temblando,
como una inmensa mariposa blanca.

Desfallecen de amor los burcelines;
humo de incienso tu pureza aroma,
y entre un deshojamiento de jazmines,

el blancor de tu velo es una nube
en donde á veces, sonriente asoma
tu rubia cabecita de querube.

IV

Entre un temblor de gasas y de tules
trazan tus pies inconcebibles giros,
mientras deshojan cálices azules
tus dedos enjorados de zafiros.

Alguna boca inmaterial te besa,
hasta dejar exangüe tu hermosura,
y en la espiral de un sueño de turquesa
se esfuma el claro azul de tu figura.

Bajo tus plantas rápidas é inquietas
deshójanse guirnaldas de violetas;
y á través de los giros de tu velo

fulguran tus pupilas visionarias,
igual que dos estrellas solitarias
en un pedazo del azul del cielo.

V

Bajo una transparencia de esmeralda
la flor de tu belleza se adivina,
y tus flotantes rizos enguirnalda
un húmedo verdor de alga marina.

Tienes danzando así, la luminosa
paz de los verdes bosques seculares,
y la atracción ambigua y misteriosa
de las profundas aguas de los mares.

Seca el laúd su llanto; la viola
se queda en un suspiro extenuada;
fulge tu velo como mar serena,

y entre el temblor verdoso de una ola
aparece de algas coronada,
tu lúbrica cabeza de sirena,

VI

Entre un fasto de púrpuras triunfales
agitas en la danza tus caireles,
los cabellos ornados de corales
y las manos colmadas de claveles.

Entre jardines de corales vaga
tu cuerpo en contracciones de serpiente,
y cual rojo crepúsculo naufraga
en un profundo mar de sangre hirviente.

Lanzan tus ojos trágicos destellos;
y entre las llamas lúbrica sonríes,
mientras en tu sutil mano de artista,

prendida de los ásperos cabellos
se desangra en un llanto de rubíes
la truncada cabeza del Bautista.

VII

Sobre un tapiz de rosas amarillas,
el áureo ensueño de tu velo arde,
mientras, temblando de caricias, brillas
vestida con los oros de la tarde.

Tienes esas fugaces transparencias
de una nube opalina que el sol dora
y bajo las solares refulgencias
en un suspiro de ámbar se evapora.

Y con un gesto de pudor, soltando
por la espalda el cabello de sol lleno,
te detienes inmóvil, ocultando

con la mano el más íntimo tesoro,
y con la diestra reteniendo el seno,
como una Venus cincelada en oro.

VIII

Bajo un polvo fugaz de oros extintos
aparece tu imagen imprevista,
ornada de violetas y jacintos
y ceñida de un velo de amatista.

Tus manos, al danzar, esparcen lilas,
y al lascivo temblor de tus caderas
se entornan temerosas tus pupilas
en un morado círculo de ojeras.

En las volubles líneas de la danza,
bajo la luz que en tus ojeras arde
al son del sistro tu silueta avanza,

y se borra después, como entrevista
entre el oro humeante de la tarde
á través de una copa de amatista.

IX

Con un brazo hacia el suelo y otro en alto,
doblada en grácil arco la cintura,
surges, vívida estatua de basalto,
sobre un trágico fondo de negrura.

Rudo estertor agita tus hechizos
cuando al danzar la obscuridad alegras,
y en el aire retuércense tus rizos
como manojos de serpientes negras.

Tu danza es como un vértigo: mareá...
Son tan raudos tus pies que no parecen
tocar los terciopelos de la alfombra.

Y en la noche sin fin que te rodea
tan sólo tus pupilas resplandecen
cual dos chispas de fósforo en la sombra.

II

El poema del desierto

A Goy de Silva